

La amistad

Por Constanza Valencia

Estaba en una esquina de la calle, llorando... odiaba esta vida de huérfana, pensaba que me quedaría sola el resto de mi vida. Desde entonces solo tenía 10 años y no tenía a nadie, ni siquiera un amigo o amiga con quien compartir mis sentimientos. Mientras pensaba en mi mundo de tristeza vino un chico que es un año mayor que yo. Me dijo: ¡Hola! El nombre es Manuel, ¿Cómo te llamas? Lo dijo con una sonrisa en su rostro y se sentó a mi lado y yo le dije en voz baja: mi nombre es Laura... Él me habló de nuevo diciendo: ¿está bonito el cielo no? ¡Mira todos esos colores! Levanté la vista y observé el cielo, no me había dado cuenta de algo tan bonito. Mientras observaba el cielo me miró y me dijo ¿quieres jugar dominó? ¡Es muy divertido! Si no sabes jugar yo te enseño, al decirme eso me asombré. Por primera vez, alguien me invitó a jugar, así que acepté con una sonrisa, ese niño calmaba el ambiente con su alegría. Desde ese entonces, fuimos más cercanos, pasamos un año lleno de aventuras juntos, hacíamos muchas locuras como niños y uno de esos días fuimos a una casa. Él estaba vestido como un hombre adulto, me pregunto dónde habrá sacado esa ropa y ese bigote, pero eso no importa, la cosa es que una familia nos atendió. Manuel aclaró su garganta e intentó imitar la voz de un hombre adulto ¡Buenas tardes! Señor y señora Fernández, soy el director del orfanato de niñas, quería saber si quiere adoptar a esta niña llamada Laura.

Detrás de él me decía a mí misma: ¡Ay Manuel! ¿crees que ellos van a creer que eres el director de un orfanato? La Señora Fernández se reía en voz baja y me observó, y para ser honesta, me dio un poco de escalofríos. Bueno señor "director" adoptaremos a esta niñita. Mis ojos se iluminaron, alguien... alguien por fin me iba a adoptar. La señora dijo: pasen niños, les puedo dar berlines de manjar, los dos entramos alegremente ¡me van a adoptar! ¡Estoy tan feliz!

Manuel y yo nos sentamos prudentemente en la mesa y nos sirvieron los berlines, yo tenía mucha hambre y antes de llegar a este humilde hogar, Manuel se había comido muchos dulces, no creo que él pueda comer más de un berlin. Cuando iba a agarrar uno, me di cuenta de que quedaban cuatro de once berlines y lentamente giré mi cabeza para ver a Manuel y nunca lo he visto tan glotón como ahora.

¡Manuel! ¡Te comiste todos los berlines! lo siento, es que están deliciosos, por cierto, ¿te comerás esos? Si no los comes, los comeré yo, dijo Manuel con comida en la boca ¡claro que me los comeré! Ya deja de comer, vas a engordar y ganar el premio nobel del humano más gordo del mundo. La señora Fernández soltó una pequeña risita. ¿Ustedes son muy amigos no? dijo ella acercándose hacia nosotros ¡si señora! dijo Manuel aún con comida en la boca. Somos mejores amigos y nos cuidamos entre nosotros. Me alegra oír eso y por cierto ¿de dónde eres niño? Soy el hijo de los Lauder. Lauder...mmm ¿una familia adinerada? Si señora pero nosotros no nos andamos luciendo porque tenemos dinero, actuamos como gente normal por eso casi nadie lo reconoce... ahhh entiendo ¿y ustedes nos podrían guiar al orfanato para adoptar a Laura?

Si señora dijimos al mismo tiempo Manuel y yo. Los dos guiamos a la familia Fernández al orfanato de niñas, obviamente que Manuel y yo íbamos jugando en el camino y riéndonos de nosotros.

Llegamos al orfanato y fuimos donde estaba el director y la señora Fernández tuvo una plática con él sobre adoptarme. Mientras ellos hablaban, Manuel y yo nos miramos con una mirada cómplice ¿estás

pensando lo mismo que yo? dijo Manuel con una sonrisa cómplice. Espiamos el lugar y encontramos una carta y como nosotros éramos muy curiosos, la abrimos y el contenido decía *“buenos días mami, soy su hijo Gregorio mami, ¿puede regresar de Inglaterra? Es que no encuentro mis calzoncillos, lamentablemente no nací con sus dones de encontrar las cosas, por favor mami, ayúdame, se lo suplico, con amor, su hijo Gregorio el director del orfanato de niñas”* Los dos nos miramos y soltamos la carcajada, no podíamos parar de reír, incluso lloramos de la risa. La señora Fernández venía con el director con los papeles de adopción, y nos vieron llorando de risa y con una carta en la mano. El director cuando vio la carta en la mano de Manuel dijo: ¡niños malcriados! ¡No tienen que agarrar las cosas de los demás, eso es violar la privacidad! Tranquilícese señor yo me encargare de ellos, dijo la señora Fernández está bien pero que esto no vuelva a ocurrir, al salir del orfanato yo estaba tan feliz, ahora tengo familia. La amistad de Manuel y yo, hasta el día de hoy perdura y perdurará siempre.

“En todo tiempo ama al amigo y es como un hermano en tiempo de angustia”

Proverbios 17:17

Fin.